

García Márquez y la poesía

Juan Gustavo Cobo

Halcón que se atreve
con garza guerrera,
peligros espera.

Halcón que se vuela
con garza a porfía,
cazarla quería
y no la recela.

Mas quien no se vela
de garza guerrera,
peligros espera.

La caza de amor
es de altanería:
trabajos de día,
de noche dolor.
Halcón cazador
con garza tan fiera,
peligros espera.

Con este poema de Gil Vicente (¿1465?-¿1536?) incluido en la Floresta de lírica española de José María Blecua, uno de los diez libros que según el propio García Márquez se llevaría a la consagrada isla desierta se puede iniciar el recorrido de su amor y devoción por la poesía. Un fragmento del mismo sirvió de epígrafe a *Crónica de una muerte anunciada* (1981). Este gran lector de poesía la ha tenido siempre presente en su memoria y a la vez la ha puesto como referencia evocadora y sugerente en muchos de sus libros, constituyendo casi una historia de la poesía en lengua española.

X

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegre, cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora justo me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

Él suspiró hondo y recitó:
¡Oh dulces prendas por mi mal halladas.
Ella no entendió.

«Es un verso del abuelo de mi tatarabuelo», le explicó él. ‘Escribió tres églogas, dos elegías, cinco canciones y cuarenta sonetos. Y la mayoría por una portuguesa sin mayores gracias que nunca fue suya, primero porque él era casado, y después porque ella se casó con otro y murió antes que él’. ‘¿También era fraile?’ ‘Soldado’ dijo él. Algo se movió en el corazón de Sierva María, pues quiso oír el verso de nuevo. Él lo repitió, y esta vez siguió de largo, con voz intensa y bien articulada, hasta el último de los cuarenta sonetos del caballero de amor y de armas, don Garcilaso de la Vega, muerto en la flor de la edad por una pedrada de guerra *Del amor y otros demonios*, 1994 (p. 145).

Cayetano Delaura usa los versos de Garcilaso de la Vega (1501-1536) como una forma de seducción y encanto para conmovier a Sierva María. Se rinde así homenaje al poeta que renovó la lírica castellana incorporándole el endecasílabo italiano con su musicalidad y flexibilidad. El poema tantos siglos después

todavía es viviente espejo que refleja las incontrolables pasiones humanas.

«Minotauro espeso con voz de centella marina:» con estas palabras define García Márquez al otro gran renovador de la lírica española, el nicaragüense Rubén Darío e infinidad de versos suyos son citados en el *El otoño del patriarca* (1975). Es ese «desorden de la poesía» el que saca en vilo de su sitio al legendario dictador, en una velada lírica en el Teatro Nacional.

«lo dejó flotando sin su permiso en el trueno de oro de los claros clarines de los arcos triunfales de Martes y Minervas de una gloria que no era la suya, mi general « (p.194)

La poesía vence al poder y muestra cuan breve e irrisorio es su frágil reinado. Nadie se acuerda ya del viejo patriarca. Los niños en las escuelas siguen recitando: «La princesa esta triste, ¿qué tendrá la princesa?».

«Fue el día en que Pablo Neruda pisó la tierra española por primera vez desde la Guerra Civil, en la escala de un lento viaje por mar hacia Valparaíso. Pasó con nosotros una mañana de caza mayor en las librerías de viejo, y en Porter compró un libro antiguo, descuadernado y marchito, por el cual pagó lo que hubiera sido su sueldo de dos meses en el consulado de Rangún. Se movía por entre la gente como un elefante inválido, con un interés infantil en el mecanismo interno de cada cosa, pues el mundo le parecía un inmenso juguete de cuerda con el cual se inventaba la vida». (p. 98).

Así describe García Márquez –en su cuento *Me alquilo para soñar*, que forma parte de sus *Doce cuentos peregrinos* (1992)– al gran poeta chileno Pablo Neruda. Todo el cuento no es más que un homenaje a la poesía y una reafirmación de lo que el propio Neruda dice: «sólo la poesía es clarividente». En ese hecho García Márquez se apoya para mirar el reverso de las cosas; como lo hizo al recibir el Premio Nobel para brindar por ella con estas palabras:

«En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía. Y trato de

dejar en cada palabra el testimonio de mi devoción por sus virtudes de adivinación y su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte».

Muchas otras pruebas de la importancia que García Márquez rinde a la poesía prodrían aportarse, desde el soneto de Gerardo Diego, «Insomnio», el que califica de magistral y que recita en el cuento El avión de la bella durmiente, hasta los sonetos piedracielistas que escribió, estudiante en Zipaquirá, pero nos queda la certeza de que es la poesía el ineludible corazón de esta dilatada obra narrativa.

GARCÍA MÁRQUEZ Y LOS PRESIDENTES GRAMÁTICOS

Adolescente, Gabriel García Márquez leía en el internado de Zipaquirá los cien tomos de la selección Samper Ortega de literatura colombiana, que este año antologizará Seguros Bolívar en diez volúmenes. Será una muy buena oportunidad no sólo para conocer un material significativo en la formación de nuestro mayor escritor, sino para repasar el estado de nuestras letras en aquel remoto 1937 cuando apareció.

En todo caso una relectura de los diez primeros volúmenes, bajo el rubro generoso de *Ensayos*, nos revela puntos de interés. En primer lugar ideológicos, pues abarca de Miguel Antonio Caro (1843-1909) a Armando Solano (1887-1953), como quien dice del mundo de los presidentes gramáticos a la izquierda liberal preocupada por los problemas del campesinado y la raza indígena.

Los presidentes gramáticos serían entonces Caro, Marco Fidel Suárez y José Manuel Marroquín, más las figuras de Rufino José y Ángel Cuervo. Querían restaurar una tradición a la vez latina y española que creían rota por la independencia, y ponían todo su quehacer intelectual bajo la advocación de la Iglesia. Pero el celebre texto de Caro «Del uso y sus relaciones con el lenguaje», leído en la Academia Colombiana de la Lengua, su baluarte intelectual, en la Junta inaugural del 6 de agosto de 1881, muestra, en realidad, un acertado planteamiento acerca de aquello que los escritores

proponen y el modo como el uso sanciona lo que merece vivir. Dice Caro: «quien haya de componer un verdadero poema, limpia el polvo a algunas voces arrumbadas y pondrá en gira otras nuevas que el uso se encargará de popularizar» (p. 46).

Se remontara, como no, a Roma para esclarecer las relaciones entre lo culto y lo popular y después de aplicarle a Horacio un escolio reaccionario: «acabando por hacer lo que de ordinario hacen gustosas las democracias temprano o tarde, acepto un amo», expresa su conformidad con Andrés Bello.

«El arte de hablar correctamente, esto es, conforme al buen uso que es el uso de la gente educada». Pero siempre subsistirán los ricos manantiales populares nutriendo el vigoroso río de nuestra gran poesía culta: Arcipreste de Hita, Marques de Santillana, Don Jorge Manrique. Lo reconoce Caro con gran claridad:

El verso endecasílabo, que otros no habían acertado a aclimatar, fue en manos de Garcilaso, con los primores y galas que comporta, conquistador de la lírica española, y no sin resistencia, avasallo al popular octosílabo, al modo que el exámetro helénico había humillado en Roma al indígena ritmo saturnino; salvo que en España el genio de la poesía popular tornó luego a levantarse y dominar en el teatro, ostentando originalidad al par que extravagancia, moviéndose al compas de los aplausos de una multitud sin letras» (p. 105).

Por su parte Marco Fidel Suárez, también gramático, también presidente, reitera en cierta forma las ideas de Caro sobre una comunidad basada en el idioma, mas allá de distancias y océanos, guerras y fronteras. Dirá: «Una gran comunidad de pueblos que forman una asociación natural de ochenta millones de almas, no mantenidas por los tratados, sino por vínculos que jamás se quiebran: la raza y las tradiciones en lo pasado; el comercio y las comunicaciones en lo porvenir; la religión y la lengua siempre» (p. 42). Finalmente Rufino José Cuervo, en «El castellano en América», retomará la relación entre lo popular y lo culto, con estas apreciaciones: «en todos los pueblos cultos aparece el idioma nacional en tres formas diferentes: el habla común, de que se vale para el trato diario la gente bien educada; el habla literaria, que tiene por base el habla común de la cual es la forma artística y en

cierto modo ideal, y el habla del vulgo que reputamos como grosera y chabacana» (p. 28).

Solo que como Cuervo lo reconoce esa habla vulgar no solo se mantiene mucho menos incontaminada sino que es también riquísimo repositorio donde se conservan las vetas originales del idioma. Concluye Cuervo:

El habla vulgar «tiene un fondo arcaico que representa la evolución genuina de la lengua, libre de influencias extranjeras».

Acorde quizás con esta idea Samper Ortega publica íntegro el tratado de *Retórica y Poética* de José Manuel Marroquín también gramático, también presidente, que perdió Panamá ante la voracidad norteamericana, y quien en sus páginas hace el censo de tropos e imágenes, géneros y desviaciones, sustentando en la imitación de lo clásico el precepto clave y en *El arte de hablar* de Gómez Hermosilla la Biblia ineludible sobre la corrección y el decoro. La literatura seguía su curso pero el país perdía un trozo grande de su territorio.

Algo de todo esto debió subsistir en la memoria creativa de García Márquez, lector asiduo del *Romancero* y de la *Floresta de lírica española* de Blecua, quien incorporará varios sonetos de Garcilaso de la Vega al texto *Del amor y otros demonios* (1994) como clave interpretativa de sus personajes. Pero lo revelador de esta tradición colombiana de poder y gramática no es ninguno de estos estudiosos que hemos mencionado. Es el personaje inolvidable de García Márquez; según reveló a la revista *Cambio* se trata del general Rafael Uribe Uribe, un caudillo liberal que perdió todas sus guerras y quien fuera asesinado con hachas en Bogotá, en inmediaciones del Congreso de la República. Preso en una cárcel de Antioquía, luego de una de sus innumerables derrotas, no tuvo mejor ocupación que escribir en 1887 un *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones de lenguaje*, que ahora he tenido la feliz ocurrencia de reeditar la Universidad EAFIT de Medellín.

Armas y letras: una ilustre tradición colombiana a la cual no sería ajeno García Márquez, empedernido luchador por la paz, tan esquiva en Colombia, y creador de un cosmos narrativo tan atento a los susurros del poder como a las leyes de la gramática ©